

LA DAMA DE HIERRO
LA HISTORIA SECRETA DE
JAMES BARRY

JUAN CARLOS ARJONA OLFRO



La Dama de hierro (La historia secreta de James Barry)

JUAN CARLOS ARJONA OLLERO

©Todos los Derechos Reservados

ESTA ES SIN DUDA, LA HISTORIA DE UNA GRAN MUJER.

Esta publicación no puede reproducirse, transmitirse o venderse, en su conjunto o en parte, en ninguna forma, sin previo permiso escrito de su autor. La única excepción es si quieres citar un pequeño fragmento del libro para hacer una reseña o crítica del mismo.

El autor no asume ninguna responsabilidad por el uso que se pueda hacer del contenido de este libro. El lector es el único responsable de sus actos

LA DAMA DE HIERRO
(LA HISTORIA SECRETA DE JAMES BARRY)
CAPÍTULO 1

Ir al río a tropezones con los pies heridos y descalzos, con un perol de madera al lomo, indiscutiblemente evidencia que su padre la hubiese amado más si fuera hombre. Era una niña de manos pequeñas y piernas delgadas, que escalaba las peñas haciéndose llagas en las yemas de los dedos y los pies. Pensaba, no, no solo pensaba, sabía que su padre no la amaba lo suficiente. Lo notaba en el desayuno, la porción más grande era para él. En el almuerzo, la sobra era su herencia. Su padre lanzaba un enorme eructo que le daba los honores y el permiso de atragantarse las sobras antes que los cerdos de los corrales engullan su comida.

Así empezaba el día, sin juegos, ni mimos de una madre que le hiciera trenzas. Algo le atormentaba y no era precisamente ver a su hija desgredada por las colinas. La daba por ruda, salvaje e incorregible trepadora de árboles y ponerle un vestido bonito era desperdiciar las telas.

Al llegar al río, usaba el agua como espejo para ver cómo estaban sus greñas entre nudos, tomaba agua entre sus manos de uñas mordidas para despejar un poco la mugre de la cara. Trató muchas veces de imaginar que era una dama, pero no contaba con vestidos para elaborar bien la alucinación. Ninguno era para andar por la colina sino para ir a la iglesia los días de pedir favores especiales a Dios por algún lío en el que se metiera su padre. De por sí, la ropa de mujer le resultaba hostil para el movimiento. Una vez tuvo un traje que le duró mediodía y recuerda la paliza que le dio su difunta abuela por marcharlo.

Puso los pies en el agua y una mano que salió del río le hizo pegar un grito, resbalar de la roca donde se encontraba y caer hasta sumergirse. El golpe de frío de las aguas le entumeció al contacto. Se estaba ahogado, ante la lucha por salir a la superficie vio sobre ella a un niño mayor, que le sonreía con travesura. Intentó subir a la superficie lo más rápido que pudo antes que sus pulmones colapsaran, pero el trayecto hacia la luz y el oxígeno, se volvió en un conjunto de verdaderos segundos de agonía ante sus brazadas de desesperación. Al lograr sacar su cabeza, la bocanada de aire se interrumpía ante la tos y la rabia. El niño merodeaba sus pies como si fuese un pez genuino. La niña aspiraba oxígeno y el balde de madera estaba alejándose de ella rumbo a la deriva. Su padre iba a matarla.

– ¿Quién rayos es usted para tomarse la confianza de jugar conmigo?– la niña manoteaba el agua dispuesta a darle el merecido al extraño.

El chico llegó a la superficie entre carcajadas y esquivos ante los repentinos manotazos de la chiquilla.

—¡Qué difícil es hacer nuevas amistades! ¿Por qué tengo esta magia rara de hacer enemigos?—. El niño le sostuvo las manos para evitar los diminutos golpes.

— Usted a mí no me conoce y un amigo no juega a matar— dijo tosiendo sin perder la coordinación para enterrarle las uñas en la espalda.

— ¡Pero usted es muy chiquitita para ser tan arisca! Si fuera mi hermanita, al río jamás iría sola. ¿Dónde están sus padres? Usted aún debe estar tomando del pecho de su mamá— el chico la arrastró a la orilla y sin ninguna dificultad la sentó en una piedra—, quédese ahí, que voy por su perol. La niña se recubría entre sus dos bracitos para sobrevivir al frío y lamentó haber perdido una calceta mientras exprimía su cabellera con fastidio.

—¡Si me enfermo será su culpa!— dijo a gritos mientras luchaba por revolver las telas de sus harapos para secarse a toda prisa.

El muchachito le devolvió su envase lleno de agua y prometió que lo llevaría al hombro, con la condición de que a cambio fueran amigos aunque fuese por esa tarde.

— No hay con quién hablar por estas tierras. No somos de la misma edad, no pido mucho, solo que hablemos un poco. Sin embargo, no se ningún juego de niñas...

— Yo tampoco sé ningún juego de niñas... No tengo tiempo para eso. Mi juego es cumplir las órdenes de mi padre y lograr que no me regañe nunca más. Ya bajé los casti-

gos a tres días por semana. Antes estaba castigada los siete días, me siento muy contenta de mis logros y así te parezca de siete años, tengo doce y a juzgar por los dientes que le faltan soy mayor que usted aunque así sea más alto.

Él puso el perol en la peña y salió del agua con interés. Observó que le sangraban las plantas de los pies a la pequeña, a pesar de las callosidades evidentes que le afeaban.

—¡Necesita usar calzado!— dijo mientras tomaba hojas y lianas para idearles unos. Fue majestuoso su gesto y la niña quedó impresionada con la agilidad de sus manos para hacer algo tan cómodo y fuerte de la nada. Su sonrisa le cambió el semblante y hasta estrechó su mano como una cliente satisfecha.

— Usted ganó una amiga. Son los primeros zapatos que me queda sin partirme los dedos y enterrarme las uñas. Debe ser hijo de un zapatero.

— No. Mi papá pesca y siembra. Yo hago zapatos de las ramas porque he estado descalzo muchas veces. Si no existe algo, hay que inventarlo. Yo solo inventé una amiga de usted, todo eso en mi mente y fíjese, ya lo somos.

La niña miraba sus zapatos verdes con fascinación, las lianas en la suela estaban detallada con tal destreza que no cerraba la boca del asombro.

— Yo quiero vender sus zapatos en los mercados. Algún día las mujeres podremos como los hombres y tendremos grandes tiendas y muchos clientes— la niña acaricia las

ramas para contemplar la maravilla de sentirse protegida en sus nuevos pasos.

– ¿Por qué crees que las mujeres y los hombres somos diferentes?– pregunta él lanzando una piedra al agua.

– ¡Olemos mejor! Sabemos bañarnos y lo hacemos con más frecuencia.

Él chico levanta la ceja y sonrío. Se lanza al agua y chapalettea para enseñarle a la niña que él sí sabe bañarse.

– Entonces soy una mariquita porque me baño todos los días a esta misma hora y sé cómo sacarle olores a las frutas. Hace unas semanas empezaron a olerme las axilas y creé un rallado de frutas con piedras y cambur que elimina la peste. ¡Y vaya que era una peste!

La niña no pudo evitar la curiosidad y lo llama con el dedo para ver si era cierto que no olía a fatalidades. El chico sale de agua con pleno orgullo y levanta su brazo para que ella personalmente descubriera su genio creativo. Sin pudores la niña lo olfateó y confirmó la presencia del cambur. ¿Quién era el genio que se le presentaba de frente y que lejos de ahogarla, le había devuelto un nuevo aire?

– Me llamó Margaret ¿y tú?

– Edward. Da igual si me dice mocoso... ¡odio mi nombre!

– Yo el mío. Si fuera varón a lo mejor mi padre me trataría mejor–, la niña se pone de pie con sus zapatillas de hojas y se siente como si al fin pudiera ser libre para caminar. A pesar de sus heridas, la agilidad de los pasos la hace

sentir recompuesta y feliz— gracias por darme este regalo— susurra extasiada.

– No fui yo, fueron las plantas y los árboles. No hay mejor regalo que darle a alguien la capacidad de ver que todo está disponible a su alrededor.

– ¿Quién te enseñó a pensar así?— Margaret da varios saltos para explorar la comodidad de sus zapatillas. El traje le pesada y no escatimó en improvisar un pantalón al enredárselo entre las piernas en dirección a la retaguarda.

– Esa moda puede ser popular algún día— Edward le sostiene la mano para ayudar a su nueva amiga a subir mientras con la otra cargaba el perol lleno de agua. En esa tarde calorosa, ambos cambiaron sus destinos para siempre.

CAPÍTULO 2

Los senderos fueron testigos de las luchas y los juegos de los niños. Se reunían todos los días para jugar a esconder y comer frutas silvestres y hasta hacer trampas para tocar a los pájaros. Una amistad poderosa definió sus rumbos. Margaret obedecía a lo lejos el silbido de su padre, y cuando planeaba ir más tarde, daba dos para anunciar que estaba cerca mientras seguía las tertulias con su amigo del alma.

A veces se tiraban rodando por el lodo, luchaban combate cuerpo a cuerpo hasta quedarse exhausto y dormidos flotando en el río. Antes de caer por las cascadas se despertaban apresurados para nadar contra la corriente y salvarse. Todos los días jugaban con los límites, hasta perderle el miedo a las aguas. Conocer el viento y las señales para sobrevivir, se les hizo obvio al estar juntos.

La niña llegaba extenuada a su casa. Bajo las cobijas, el juego con el fuego y la tolerancia a resistirlo, era algo que le fascinaba. Miraba sus golpes para anotar en una hoja de pergamino con una pluma que le robó a un pájaro en las laderas, los días que le tomaba la cicatrización de sus raspaduras. La marca rosada de la piel versus la supuración verdosa de las otras heridas que agrupaba frescas en su otra rodilla, le llamaban la atención. Ella misma era su laboratorio secreto.

Tomó un trapo y una vasija de agua para limpiarlas con delicadeza los nuevos golpes que repasaba con orgu-

llo. Secaba sus manos en las cobijas para dibujar la forma y le parecía mapas del mundo. En su pierna derecha estaba Inglaterra en carne viva. En la izquierda la cáscara seca de su piel muerta asimilaba la forma del continente africano. Trazó en la hoja de papel las formas y sonrió. Su padre se paró en la puerta de la habitación para darle la bendición y asegurarse de que no dejara la vela encendida.

– Es admirable lo bien que te has comportado en la semana – le lanzó con la mano la bendición con la señal de la cruz al aire.

Margaret oculta sus pergaminos bajo las sábanas y dictaba las oraciones en voz alta.

–Hago lo que puedo padre– dijo con una sonrisa de niña elogiada y sopló la vela mientras rezaba como papagayo. Su padre desaparecía por el pasillo. Margaret contaba sus pasos, se rendía al sueño antes de acabar la oración a Dios.

La mañana fría trajo consigo un mal presentimiento. Margaret ya no era la niña de ayer en la pradera junto a Edward, su periodo la puso en pie a fuerza de disgusto. Ya era hora, sus quince años era la zona limítrofe de su pubertad tardía. Se deshizo de las sábanas como si fuera la evidencia de un crimen. Recompuso la habitación y lavó las manchas del colchón con rapidez. Se puso trapos gruesos entre las piernas y el peso del vestido encima.

Unas pisadas de caballo le dieron un sobresalto. Los Bulkley lanzaron gritos que la hicieron salir de la habitación

a toda prisa para ver por la ventana del corredor la aproximación de soldados a la casona. Corrió por el pasillo descalza.

– Mamá, ¿qué es lo que pasa?– Margaret se escondió tras la falda de su madre al ver que los caballeros de su majestad golpeaban la puerta que abrieron con plena confianza para tomar a su padre entre tres, y sin mediar defensa alguna, llevárselo apresado mientras sus madre lloraba en silencio.

Las traiciones a la corona le resultaban a Margaret una idiotéz incomprendible como todos los asuntos adultos. Ciertamente que los uniformes militares le resultaban más cómodos e interesantes y prácticos que los trajes de las doncellas que deseaban ser de la monarquía inglesa, se sintió frívola al cruzarle ese pensamiento en la cabeza en un momento tan crucial. Se abrazó a su madre como si esos hombres fueran una ráfaga de viento que desestabilizara sus pies. Su hermana, dio un grito en el corredor cuando se percató de la presencia de los hombres y el apresamiento de su padre.

– ¿Qué está pasado? ¿Por qué se llevan a nuestro papá?, la otra niña se sobrecoge en un rincón en busca de respuestas ante la hostilidad de los soldados.

– ¡Ya se resolverá este mal entendido! Ve con tu hermano esposa mía, no se queden aquí, yo estaré bien– dijo el señor Bulkley tratando de sobrellevar la rudeza de los soldados quienes no mostraron ninguna humanidad para que pudiera despedirse bien de su familia y, entre empujones, lo sacaron de su recinto– , ¡hijas, no lloren! Tío James

cuidará de ustedes y su madre, sigan comportándose bien.
¡Tío James tiene libros!

–¡Es inmoral este hombre y que enseñarle letras a sus propias hijas!, el soldado más alto le dio un golpe en seco en la espalda y el señor Bulkley se tambaleó.

–¡Mi padre no tiene armas! Margaret se suelta del abrazo de su madre para correr a ver si le había hecho daño. El guardia la empujó hasta hacerla caer.

– ¡Qué falta de modales! Le recomiendo señora que corrija esas actitudes de su hija antes de que nuestros monarcas en el futuro ordenen su fusilamiento.

La brisa helada invadió la casa. La madre levantó a Margaret del suelo para abrazarla entre sollozos mientras la caballería se alejaba con su padre.

CAPÍTULO 3

Tres años más tarde en la misma fecha, Margaret se probaba un vestido frente al espejo. Aquel día en que se llevaron a su padre aún mortificaba sus pensamientos. No diría nada. Mimí, como llamaba a su hermanita, no debía sufrir el repaso de aquellas fatídicas memorias. Al descubrir su desconcierto, su hermana la obligaba a sonreír, a pellizcarse las mejillas y a caminar con aires de seducción.

–Hermana mía, eres tan preciosa. Deberías sonreír siempre y no pelear tanto con los demás– le ajustaba el corsé hasta provocarle asfixia.

–¡Es de masoquistas andar con estas prendas que pueden causar un desmayo!– Margaret a penas se atrevía a moverse.

Su hermana daba puntazos de aguja para remendar el vestido encima de ella.

– Gracias por ayudarme. Deberías ir a la fiesta conmigo. Nuestra madre no tiene mucha paciencia con los eventos sociales desde que apresaron a papá. Tiene la impresión de que la gente habla de nuestra familia a las espaldas.

– Tío James siempre nos dice que quien no hace mal, no tiene que bajar la cabeza. ¡Tiene toda razón! La vida sigue y tenemos suerte de tenerlo. ¿Qué sería de nosotras

sin Tío?– Margaret lanza un alarido al sentir el pinchazo de aguja– ¡Maldición ten cuidado!

– ¡No te muevas! Ahora sabes lo que sienten las ranas cuando te vas con el tío a abrirla en dos.

–¡No dejaré de hacerlo hasta que una sobreviva!– dijo mirando hacia el paisaje del horizonte mientras la lluvia azotaba la ventana.

– Margaret, quisiera que todo fuera distinto para nosotras. Eres buena en la costura...

– Más por el pulso que por el buen gusto. Realmente cuando coso pienso que es el cuerpo de una rana y que algún día despertará del sueño inducido para seguir viviendo– dijo Margaret.

Su hermana lanza una carcajada y pega la mejilla junto a la de ella para expresarle afecto.

–Aprende todo... Una mujer debe tener el conocimiento secreto de las cosas. Con los hombres a veces no se puede contar. ¡Bueno! Tío James es la excepción porque es un sabelotodo y no hay pregunta a la que no le tenga respuesta– la joven la define la cintura con ambas manos y continua cosiendo.

– ¡Quisiera ser como él! Las mujeres tenemos la capacidad de aprender. No entiendo por qué se nos excluye y nos quedamos tranquilas aceptando que hay cosas a las que no podemos aspirar– Margaret se alisa el cabello con las manos.

– Hermana, todo se puede hacer en secreto. Yo no monto a caballo como dama en las noches.

– ¡Mejor! Si montas caballo como dama, puedes acabar desnucada en las colinas. Son sencillamente ridículas las imposiciones de la sociedad. ¿Cómo puedes conformarte con ser una dama en busca de un hombre de buena familia para perpetuar la tiranía de nuestra buena educación? ¿Cómo puede ser una buena educación ser ignorante?– Margaret se saca un libro de los senos.

– Muy de acuerdo contigo hermana, ¿cómo es que te escondiste el libro ahí? Ah, ya sé, quieres crear relleno. Bien...no vaya hacer que no me quede. Como te decía, la supervivencia no se debe regir por el sentido de elegancia, educarse puede ser mejor que ser tontas en espera de un conde– Mimí dio un puntazo con descuido y otro alarido le desencaja la postura a Margaret.

–¡Maldición! Parece que me estás sacando muestra de sangre. ¡Ten cuidado!– Margaret hojea el libro manteniendo los brazos rígidos en el aire– ¡Me afecta que la sabiduría solo sea dictada en el oído de los hombres! Es como si en efecto deberían crear un mundo solo para nosotras. Sí, otro mundo. Si tú o mamá no tuviera corazón; no me interesaría tanto sanarlo. Pero si tengo un cuerpo, debo conocerlo y arreglarlo si se daña.

Largos alaridos llegan desde el corredor principal y las muchachas salen de la habitación alarmadas cuando escuchan que alguien llamaba al tío James.

– ¡Doctor Barry! ¡Doctor Barry!– Salim se presenta a la puerta de la casa con el comandante Francisco de Miranda afligido por un fuerte dolor en el costado y el pecho. Margaret camina con el traje con mucha dificultad para recibir a